

Tiene 70 años y casi todos los premios literarios. Tres veces candidata al Nobel, es probablemente la mejor escritora de su generación. Ahora emerge de la oscuridad, tras 25 años de silencio, con su reciente ingreso en la Real Academia Española y una novela monumental, *Olvidado rey Gudú*, que será el gran acontecimiento literario del otoño.

ANA MARÍA MATUTE

EL REGRESO DEL COMETA

TEXTO: ROSA MONTERO
FOTOGRAFÍA: JOAN TOMÁS

Le digo que es una especie de hada, y ella dice que no, que es una bruja, que no hay más que ver el aspecto que tiene. Una bruja buena en todo caso, respondo no muy convencida, y ella cierra el debate reclamando para sí el título de hechicera. De acuerdo, no se diga más: hechicera Matute. Acaba de cumplir 70 años y tiene el pelo blanco y hermoso. Por debajo, un rostro masacrado por la edad y las penalidades. Más abajo aún, una pierna malherida desde que tuvo un accidente (una caída) hace tres años: sigue medio coja y teniendo que utilizar una muleta. A todos esos estragos se refería Ana María Matute cuando rechazaba el título de hada. Recuerdo las fotos de su juventud: era bellísima. Luego la vida le pasó por encima, a ratos arrollándola de mala manera.

Se existencia ha sido y es extrema: conoce lo que son las enfermedades, el dolor sentimental, los sufrimientos psíquicos y las más desesperadas crisis económicas. Pero también ha conocido la pasión, el placer de la creación y clamorosos éxitos. Frente al mundo (y hoy yo soy el mundo para ella), Matute nunca se queja: es pudorosa, estoica. Pero también, y sobre todo, está llena de vida. Vuelve a emerger una y otra vez desde los abismos, graciosa, inteligente y única. Y habla con su voz ronca y envolvente, esa voz tan adecuada para contar cuentos. Conquista esta mujer en cuanto que abre la boca: se te olvidan la muleta, las arrugas. Las penas. Tiene algo de maga, desde luego: es una hechicera de la palabra.

—Hace algún tiempo me habló usted de *Olvidado rey Gudú*, un viejísimo e inacabable proyecto narrativo que arrastraba usted por

los pasillos de su casa en un carrito de madera, porque eran cientos y cientos de páginas. Bien, ahora parece que ha terminado por fin esa *opera magna* y que saldrá el próximo otoño en Espasa Calpe...

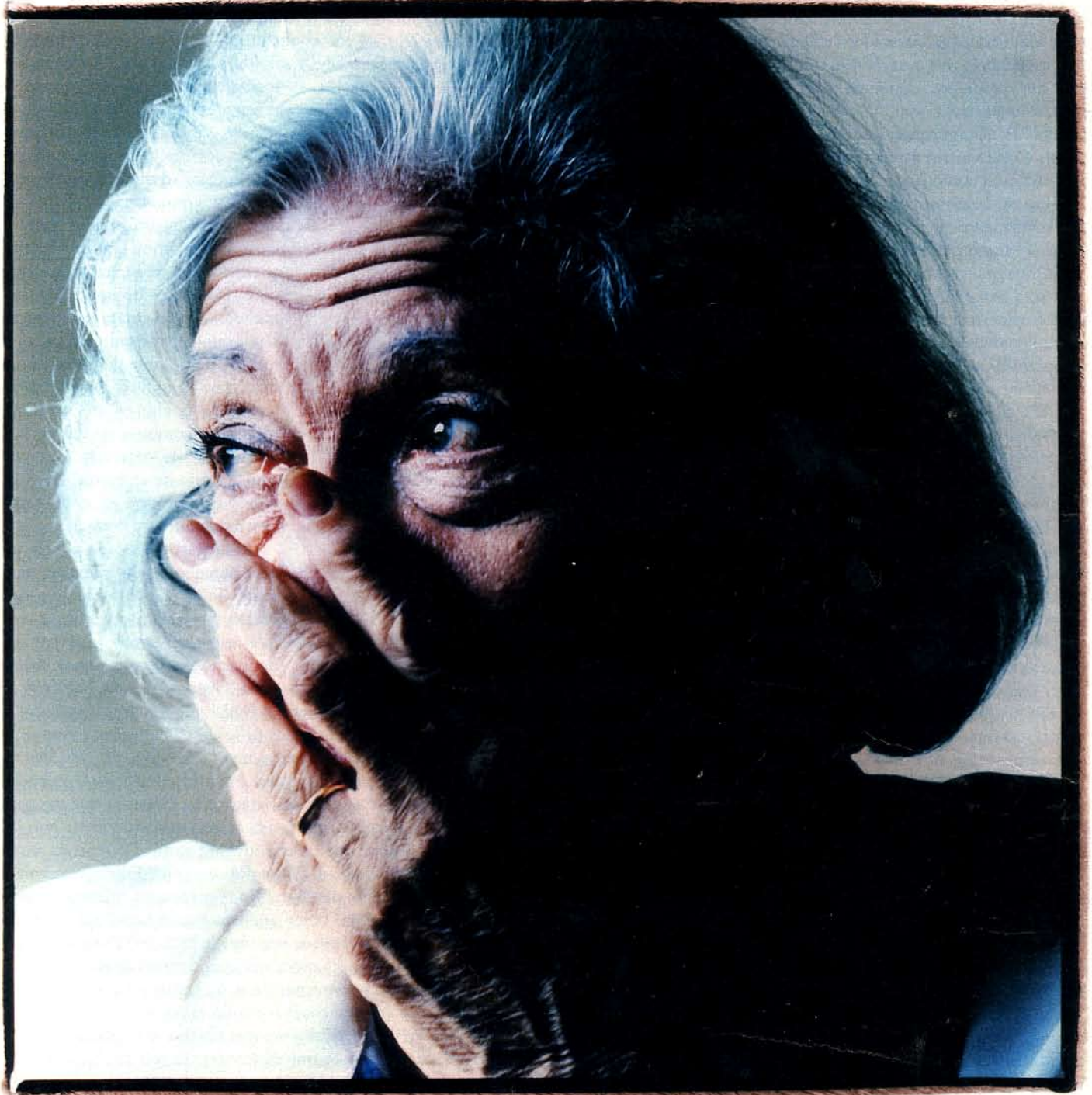
—Sí, sí. Al final han salido unas 1.200 páginas. Los de Espasa Calpe están muy contentos, les gusta mucho. Y yo estoy feliz. Porque cuando escribes un libro al principio estás entusiasmada, pero luego te empiezas a decir: ay, ay, ay, que no me ha salido... Porque, claro, la obra final siempre queda a muchos peldaños de distancia de todo lo que llevabas dentro. Así es que cuando vienen y te dicen que es precioso, pues tú... Pero no cuentes esto, porque voy a parecer un monstruo de vanidad.

—No. Al contrario: creo que su entusiasmo es estupendo. Lleva 25 años *perdida* para el mundo, por así decirlo; sin publicar nada nuevo. Este libro es su regreso. No me extraña que esté contenta.

—Éste es el libro que siempre he quedado escribiendo, sólo que no me atrevía, porque pensaba que... Es que es una obra muy inusual, me lo decían también los editores el otro día, en España no se ha escrito ningún libro de este tipo. Transcurre en la Edad Media, en un bosque inmenso donde todo es posible, todo puede ocurrir...

—Como en la infancia.

—La Edad Media es la infancia de la humanidad, precisamente, y ahí pueden ocurrir desde las mayores atrocidades hasta los hechos más maravillosos. Y también ocurría que en aquella época las gentes convivían cotidianamente con seres no humanos. El demonio se aparecía a cada paso, y las hadas se aparecían a los caballeros en



las fuentes todos los días, el caballero al que todavía no se le había aparecido un hada en una fuente era ya un caballero dudoso, ¿no? La Edad Media está empapada de miedo, de terror; pero también de espiritualidad, de esperanza y de fe, porque creían en el rey, en la patria, en el demonio, en todo. No sé, para mí este libro es un compendio de todo lo que me ha hecho ser lo que soy.

—¿Usted también mantiene algún tipo de fe? ¿En qué cree?

—(Pausa) Yo creo en el ser humano, en el individuo. Sigo creyendo firmemente en él, aunque conozco canallas a porrillo. Bueno, y también tengo cierta idea de Dios. Fui educada en la religión católica y luego, tras la crisis de la adolescencia, dejé de creer y me hice atea, pero después poco a poco he ido recuperando la fe en Dios, sólo que no en ese Dios que me vendieron, sino en otra cosa. En algo, en alguien, un ser, no sé. Es muy consolador creer en algo de eso cuando una se hace vieja.

—¿Algo así como la armonía?

—Eso es, la armonía. Estoy segura, existe una armonía. Y creo que la vida no se acaba tras la muerte. Es otra clase de vida, sí, pero existe. Y el que cree en eso, no muere nunca. El que no cree, sí.

—O sea que en lo que usted cree es en la fuerza del deseo.

—Sí, el deseo es lo más importante. Es más importante aún que la consecución de ese deseo. Sin deseo no seríamos nada. Mírame a mí: por fuera podría parecer que, como estoy tan vieja, ya he cumplido todos los deseos. Pero por dentro no es así.

—Así es que sigue deseando...

—Oh, sí. Tengo deseos, proyectos, ilusiones. Son de otra clase, por supuesto, a los que tenía cuando era joven. Pero quizá ahora son más reconfortantes, más gratificantes, con más amplitud de miras. La juventud es época de comerse la fruta verde, y te dan unos cólicos tremendos. Es en la vejez cuando se come la fruta en sazón.

—La vejez tiene un placer propio...

—Por supuesto que sí. Y quien no lo sabe ver es un amargado. La vida lo que te quita con una mano te lo da con otra, pero para saber verlo hay que enfrentarse a la vida en todos sus términos.

—¿Usted sabe vivir mejor ahora que antes?

—Por supuesto. He aprendido mucho. Mira, la experiencia, sin más, es vejez. Pero aprender de la experiencia no es vejez. Aprender es ser más comprensivo con los demás y menos indulgente contigo. Eso es aprender, y no envejece, sino al contrario. Pero la experiencia, esa pura experiencia de decir: "ah, como me han hecho esto y lo otro no me fiaré más", o eso tan oído de "a mí no me pillarán...". Eso es pura vejez. A mí me pillan por todas partes. Pero por dentro sigo siendo una niña de doce años.

—Ya ha mencionado usted la edad mágica. Siempre dice que interiormente tiene doce años. ¿Por qué justo esa edad?

—Bueno, en realidad son once... A mí los once años siempre me han parecido... No sé, siempre me he llevado de maravilla con los niños de once años. Y luego hay otra historia: yo sufrí mucho cuando me separé de mi primer marido, porque en aquel entonces de entrada te quitaban a tu hijo y no te lo dejaban volver a ver hasta que no se solucionaba la cosa. Y yo sufrí mucho, pasé unos años tremendos y... Bueno, no quiero seguir por ahí porque si me pusiera a contarte todo esto nos pondríamos las dos aquí a llorar a moco tendido, y prefiero que no. Pero a lo que iba es que cuando por fin lo tuve, porque me dieron la patria potestad, pues me

habían ofrecido ir a dar clases a Estados Unidos y me lo llevé conmigo. Y ese niño tenía once años. Y lo encontré. Lo encontré. Pero cuando me quise dar cuenta ya era un hombre. Eso es terrible. Al cabo de dos o tres años ya era un hombre. Y poco después fue un señor con bigote que venía a verme.

El padre de Matute tenía una fábrica de paraguas: no es de extrañar que ella saliera un poco Mary Poppins. Pertenecía Ana María a la burguesía catalana y fue educada como una niña bien, aunque en realidad el único rasgo convencional de su biografía consistió en casarse a los 25 años con el que luego sería el padre de su hijo, un matrimonio que salió fatal y sólo duró una década: "Separarse entonces era tremendo. En el ambiente burgués en el que yo vivía todo el mundo sabía que mi matrimonio era un desastre, pero nadie pensaba que pudiera separarme, eso no entraba en consideración. ¿Sabes lo que me dijo un amigo, uno que hoy es un escritor muy famoso, cuando se enteró de mi separación? Pues me dijo: '¿Qué has hecho, impetuosa mujer?'. ¡A mí, llamarme impetuosa a mí, que había estado aguantando todo lo aguantable diez años! Pues hija, si no llego a ser impetuosa estaría todavía allí, en ese matrimonio, como la momia de Ramsés...". Luego tendría otra relación, una gran historia de amor que duró 28 años y que terminó en 1990 con la muerte de Julio, su compañero.

**"YO DIGO
QUE LOS
RAROS NOS
COMUNICAMOS
POR POLEN
Y POR
PÁJAROS,
PERO
SIEMPRE
SEGUIMOS
ESTANDO
CADA UNO
EN NUESTRO
LADO. NO SÉ,
YO SIEMPRE
HE SIDO...
ISLA"**

Literatura, el Gijón, el Planeta, el Nadal; fue tres veces candidata al Nobel. Pero luego, a comienzos de los setenta, llegó el infierno.

—Después de pasar tantísimo tiempo escribiendo *Olvidado rey Gudú*, ¿no se siente un poco vacía y perdida al haberlo terminado?

—La verdad es que da muchísima pena. ¿Sabes lo que me pasó hace años? Pues que convivía tan íntima e intensamente con los personajes del libro que un día tuve un susto. De repente me di cuenta de que no existían. ¡Y me dio una pena! Entonces mi marido, el bueno de Julio, me dijo: "No te preocupes, mientras tú existas todo eso existe". Lo único que lamento es que él no ha vivido para verlo publicado. Porque esta obra le hacía una ilusión enorme.

—¿Aún llora por su marido, seis años después de su muerte?

—Sigo llorando por muchas cosas. Yo soy de los que lloran. Pero no lloro nunca en público. Procuero no molestar.

—Usted, en efecto, oculta siempre mucho su intimidad.

—Sí. Es una cosa de mi educación, de mi temperamento... Siempre fui así.

-Tal vez sea también cosa del lugar que usted ocupa en el mundo. Me parece que es usted un personaje fronterizo: siempre está sola y en tierra de nadie. Escribió cuando las mujeres no escribían, se divorció cuando nadie se divorciaba... Incluso esa edad de los once o doce años que tanto le fascina es una edad fronteriza. Se diría que habita usted en un lugar que es el no lugar.

-Claro, en el *Paraíso inhabitado*, que es una novela que tengo medio escrita. Es cierto. Yo no soy de ninguna parte y soy de todas.

-¿Y siempre ha tenido usted esa sensación de distancia?

-Siempre, siempre. Desde niña. Claro, yo de niña tenía muchos problemas y... Las otras niñas me rechazaban por mi defecto. Yo era tartamuda, muy tartamuda, y las niñas me apartaban.

De pequeña no tuve amigas. En cambio, los niños me aceptaban así: me iba con ellos, con mis hermanos, con sus amigos... Pero, eso sí, no podía quejarme, no podía llorar, o no me hubieran dejado estar con ellos. Recuerdo toda una parte de mi infancia como con una piedra aquí dentro, en el pecho, en la garganta, que eran todas las lágrimas ahí como el cristal duro, sabes... Todavía tengo todo el cuerpo marcado de cicatrices de la cantidad de golpes que me di, cayéndome de los árboles y demás por jugar como un chico. Todo eso era muy divertido, pero siempre tuve una nostalgia enorme de las chicas, un deseo tremendo de tener amigas. Deseo que tardé bastante en cumplir, porque cuando terminó la guerra yo lo que quería era escribir, y, claro, las otras niñas tampoco eran como yo. Así es que de mayor mis amigos siguieron siendo hombres hasta que al fin de más mayor, de bastante mayor, pude empezar a encontrar amigas maravillosas. La sensación de poder tener amigas mujeres fue una de las más bonitas de mi vida. Y luego mi madre, que cuando yo era niña había sido tan severa conmigo, pues luego de mayor... nos encontramos.

-¿Ah, sí? Yo sabía que la relación con su madre fue muy dura. Que había sido muy estricta con usted, y que no le había besado más que dos veces en toda su infancia.

-Todo eso es cierto, pero de mayor nos reencontramos. Curiosamente, ella estaba muy orgullosa de que yo fuera escritora. Y me ayudaba con una paciencia y una dulzura enormes. Me dictaba mis manuscritos para que yo los pasara a máquina.

-Así es que la literatura le sirvió para recuperar a su madre... y para vengarse por todo lo que no pudo decir cuando era tartamuda.

-Muchas veces he dicho que escribo porque no podía hablar. Es



que imagínate, era tan tartamuda, una tartamuda de chiste, que no podía ni dar la lección. Todo por nervios, por miedo... Yo vivía de niña con tanto miedo...

-¿Por qué?

-Pues... No sé. El colegio era muy severo. Y mi madre, muy estricta. Es curioso, porque la tartamudez se me quitó en la guerra. La guerra fue horrible, pero también trajo una sensación de libertad total. Siempre dije que se me quitó la tartamudez en un bombardeo, pero fue gradual. Al ver lo peor de la vida perdí el miedo.

Su familia era de derechas, pero ella se hizo de izquierdas muy temprano: otra tierra de nadie. Con 18 años frecuentaba a gentes

mucho mayores que ella, intelectuales "letraheridos", como ella dice, que la llamaban *el cosaco*, porque era capaz de beber más que nadie sin que se le notara.

-Y siempre la única mujer, siempre haciendo lo que nadie hacía... Desde luego se ha debido de sentir usted muy rara.

-Sí, siempre, muy bichito raro... O más bien me han hecho sentir así. Esa sensación, de joven, es bastante difícil de sobrellevar.

-Pero luego, de mayor, uno ya va encontrándose con otros raros y haciéndose un lugar, ¿no es así?

-Sí, luego vas encontrando gente de tu raza o por lo menos de tu galaxia. Yo digo que los raros somos como un archipiélago. No es que seamos ni un continente ni... No, somos un archipiélago, y nos comunicamos por polen y por pájaros, pero seguimos estando cada uno en nuestro lado. No sé, yo siempre he sido... isla.

-O sea, rara entre los raros.

-Sí. A mí me ha costado mucho comunicarme. Prácticamente hasta que conocí a Julio no... A mí me daba vergüenza, yo no hablaba en público. Esponjita, siempre era esponjita. En la época de mi primer matrimonio, con el padre de mi hijo, me arrastraba al café Gijón. Y lo pasaba fatal, aquellas mesas del café Gijón todas llenas de hombres, nada más que hombres, todos abriendo la boca y soltando el gas como globos hinchadísimos...

-El hecho de que siga siendo usted una isla ha hecho que su literatura quede también un poco descolgada. Las nuevas generaciones la están redescubriendo y me parece advertir que está empezando a convertirse en una especie de mito...

-Sí, sí, eso me dicen, eso me dicen algunos. Qué raro, ¿no?

-Pero los santones de la cultura oficial tienden a minimizarla, definiéndola, por ejemplo, como una escritora de literatura infantil.

Ana María Matute fue, en los años cincuenta y sesenta, la escritora española. incluidos sus colegas varones, más premiada y traducida de España. La próxima publicación de su última y gran novela 'Olvidado rey Gudí', que saldrá en breve al mercado editada por Espasa Calpe, ha recuperado su figura.

-Sí... Yo creo que ha influido el hecho de ser mujer. En las mismas condiciones y con el mismo valor, a un hombre no le escatiman, pero a mí sí. Por eso me ha gustado tanto lo de la Academia. Porque creo que es como un reconocimiento a toda mi vida.

-El hecho de haber desaparecido de la vida pública durante largos periodos tampoco ha debido de ayudarla.

-Sí... Con aquel primer marido me quedé un poco marginada, porque en mi primer matrimonio me aislé bastante de mis amigos.

-Pero después hubo una desaparición mayor, a partir de los años setenta...

-Eso fue peor. Eso fue por una depresión. Me acometió sin una razón clara, sin un porqué, como pasa con las verdaderas depresiones. Entonces era cuando estaba mejor, tenía éxito, un hombre maravilloso, un hijo estupendo, no tenía problemas económicos... Porque ésa es otra cuestión, lo económico. Con mi primer marido yo... A mí me desheredaron y lo pasé fatal, muy, muy mal, porque además entonces a las mujeres nos era muy difícil encontrar trabajo. Pero ésa es otra cuestión. Lo que te decía es que estaba yo en el mejor momento cuando me agarré una depresión tremenda.

-Tal vez fue la tensión anterior, que pasó factura.

-Eso me dijo el médico, un psiquiatra maravilloso, Domingo Carreras, que me entendió perfectamente y me sacó del pozo. Pero hasta que lo encontré a él... Pasaron muchos años, durante los que no me gustaba nada, no me interesaba nada.

-Perdió usted el deseo.

-Perdí el deseo. Me quedaba el amor por Julio y por mi hijo, pero... Pero ni siquiera quería escribir. Me pasé casi veinte años sin escribir. Lo más importante de mí estaba apagado. Fue muy duro.

-Así es que es usted como un cometa que regresa ahora...

-Sí, sí. Ahora vuelvo. Apártense. *Aparte les criatures!*, como decimos por aquí.

-Supongo que si uno sobrevive al viaje se pueden ver cosas extraordinarias en el extremo de la galaxia.

-Ah, sí. Tuve además algunos instantes de lucidez extrema durante esa época, porque cuando estás así ves las cosas de otra forma, pero tienes como una sensibilidad especial. Ahora bien, te diré que el sufrimiento enseña si eres capaz de superarlo, pero lo que ocurre es que superarlo es difícil porque el sufrimiento mata. Hay dos cosas que matan: el tiempo y el sufrimiento. La gente suele decir: "El tiempo todo lo cura". Mentira: el tiempo todo lo quema. El tiempo humilla, veja. Y el sufrimiento, igual. Del sufrimiento se saca vejez, y el que puede, aprende. Pero sobre todo se saca vejez.

-Sin embargo, usted sigue manteniendo una vitalidad increíble.

-Pues imagínate si no hubiera sufrido: ahora sería una fuerza de la naturaleza... Pero no, estoy muy achuchada. Setenta *tacos* son setenta *tacos*. El motor está en marcha, pero me quiero poner en pie y... La carrocería falla. En fin, de todas formas mi vida ha sido muy intensa. Lo he pasado muy mal y muy bien. Te puedo decir que jamás me he aburrido. Pero es que a mí me gusta jugar, jugar como los niños. Por eso construía antes aquellos pueblos de madera.

(Se refiere Matute a su antigua costumbre de confeccionar grandes y primorosas maquetas de ciudades fantásticas, presididas siempre por el castillo de un duque suicida y hechas con recortes de carpintería, hierros encontrados en la basura y vidrios de colores).

-Yo siempre digo que mi vida es como un rompecabezas que al-

guien hubiera desbaratado. Y sin embargo, si tuviera paciencia conseguiría unir todas las piecitas. Hay ocasiones en las que el rompecabezas está más desbaratado que nunca y entonces sufro mucho por el desorden de las piezas.

-¿Y qué pasa con el miedo? Decía usted antes que su infancia estuvo llena de miedo. ¿Y ahora?

-Mi miedo siempre ha sido muy particular. Ni de niña temía lo que las otras niñas, la oscuridad y todo eso. No. Mi miedo es...

-El miedo de la isla.

-Sí. Es esa soledad tremenda. Me gusta la soledad, pero... Me refiero a eso de ser rara, a decirte: pero qué me pasa a mí. Sobre

todo antes, cuando era joven. Antes esto me angustiaba mucho. Ahora ya menos. Pero a veces me sigue angustiendo. La incompreensión del entorno, eso es lo que me asusta. Cuando alguien me hace una jugada sucia y tú no comprendes nada, por ejemplo. Me horroriza pensar que no entiendo a la humanidad.

-Es el escalofrío de la *ajeneidad*: si no les entiendo y ellos son humanos, ¿qué soy yo?

-Sí, como cuando te dicen: qué rara eres. Para mí los raros son ellos.

-Por eso hacía usted sus ciudades fantásticas. Construía su propio mundo, ordenaba la realidad y las piezas de rompecabezas.

-Posiblemente. En cierto modo, esto es lo que me dijo el doctor Carreras. Yo hice las ciudades sobre todo durante los años en que no escribí, y como entonces estaba tan perdida, el doctor decía que hacía las casitas para amueblar mi vida, mi mundo. Ahora ya no juego a hacer ciudades. No tengo tiempo.

-Ni necesidad. Ahora ha podido escribir *Olvidado rey Gudú*, que es como una de sus ciudades, pero mucho más grande, un universo entero.

-Desde luego, la literatura es un juego monstruoso, diabólico.

-Bien, aquí está usted, cumpliendo 70 años, ingresando en la Academia, sacando al fin una nueva y monumental novela... Parece un buen momento, ¿no?

-Mmmmm... Una de las razones por las que he tardado tanto en publicar este libro es porque pensaba que era como... Me fastidia utilizar esta palabra porque resulta ampulosa, pero en fin, tenía la sensación de que era una especie de testamento literario, porque como es un libro tan mío y tan enorme, pues pensaba que lo mismo después de publicarlo me iba a morir. Ahora coinciden el libro, la Academia, los 70 años... Lo mismo me muero.

-No, no. Es empezar la década, iniciar una ocupación, regresar a la literatura. No es un final, son todo comienzos.

-Ojalá. Ojalá estés en lo cierto. □